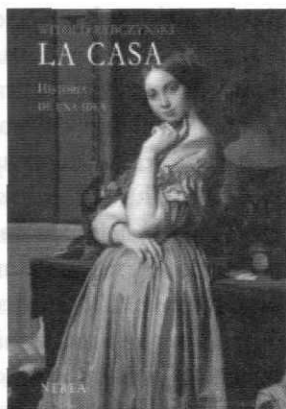


El arquitecto y sus libros

JUAN CALATRAVA
LUIS CARLOS IZQUIERDO
(eds.)

eug



Witold Rybczynski

La casa: historia de una idea

Madrid, Nerea, 2009

JUAN MANUEL BARRIOS

Nueve ediciones desde su publicación en castellano en 1989 (en inglés se editó en 1986) avalan el éxito de un libro cuya buena acogida reside en su original planteamiento, lo atractivo del tema y su grata redacción. Tras un nombre tan impronunciable como difícil de recordar, Witold Rybczynski, se encuentra un arquitecto nacido en 1943 en Escocia en el seno de una familia polaca, establecido en Canadá y con una larga trayectoria docente en los Estados Unidos.

El tono provocador del libro queda claro desde la introducción: “Durante los seis años que duraron mis estudios

de arquitectura, el tema del confort no se mencionó más que una vez. [...] Curiosa omisión en un programa de estudios que en todas las otras cosas era muy riguroso; uno habría pensado que el confort era una cuestión clave en el aprendizaje de la profesión de arquitecto, como la justicia en la abogacía o la salud en la medicina". Y añade: "Hasta que mi mujer y yo construimos nuestra propia casa no descubrí personalmente la pobreza fundamental de las ideas arquitectónicas modernas. Me encontré volviendo una vez tras otra a recuerdos de casas más antiguas y de habitaciones más antiguas y tratando de comprender qué es lo que había hecho que me pareciesen tan bien, tan confortables. También empecé a sospechar, y en esto no me equivocaba, que las mujeres comprenden más acerca de la comodidad doméstica que los hombres".

Para Rybczynski el confort consistiría en "esa condición en la que se ha eliminado el inconfort", o sea, en detectar todo aquello que molesta: con qué tropezamos, dónde estamos incómodos, qué temperatura o luminosidad nos desagrada, el ruido... e ir eliminando esos problemas. Así, "el confort doméstico implica toda una gama de atributos —comodidad, eficiencia, ocio, calma, placer, domesticidad, intimidad—, todos los cuales contribuyen a la experiencia; el resto lo hará el sentido común". La difícil tarea de lograr una vivienda confortable no es, pues, una tarea que deba dejarse en manos de arquitectos y diseñadores, sino en la que los habitantes de una casa deben implicarse.

Para explicar cómo se gestó y se ha desarrollado el concepto de confort inicia un recorrido histórico que arranca de la Edad Media, en la cual las casas carecían

del concepto de intimidad dado que no había habitaciones individuales y una persona rara vez podía estar sola. Además, los muebles eran tan escasos como incómodos y las rectas y duras sillas estaban más preocupadas por señalar la jerarquía de quien se sentaba ellas que por la comodidad. El confort nació en la Holanda del siglo XVII, donde las mujeres de las clases acomodadas realizaban tareas domésticas y buscaban la manera de hacerlas más gratas aumentando la especialización de los espacios, graduando la luz o desarrollando muebles muy diversos. Experiencias que encontraron continuidad, por ejemplo, en un estilo tan "femenino" como el rococó. Pero será sobre todo en los Estados Unidos de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX cuando mujeres preocupadas por hacer con más comodidad y rapidez las tareas domésticas escriban libros proponiendo a las amas de casa unas mejoras en el hogar, lo cual, sumado a la introducción primero del gas y luego de la electricidad, espoleará el invento de aparatos domésticos que promoverán una revolución que tiene en la cocina su eje, pero que no se limitará a ella.

La crítica de Rybczynski a la vivienda moderna y su mirada hacia el pasado no tienen nada que ver con una reaccionaria nostalgia de la arquitectura historicista, sino que es una denuncia del abandono por prejuicios estéticos de unos valores y tradiciones en el habitar que fueron apresuradamente tachados de anticuados, pero que serían perfectamente compatibles con la modernidad arquitectónica si ésta no entendiera el diseño de interiores de una manera "tan estéril e impersonal". El problema del moderno diseño de interiores no reside sólo en su condena del lujo y el abigarramiento, sino también en que

“su insistencia en el espacio le ha llevado a pasar por alto la intimidad”, en que el uso de materiales y objetos de aspecto industrial se olvida de la domesticidad, y en que la “austeridad, tanto visual como táctil, ha sustituido al agrado”. Para el autor: “Lo hogareño no es lo ordenado. Si no, todo el mundo viviría en réplicas del tipo de las casas estériles e impersonales que se ven en las revistas de diseño de interiores y de arquitectura”.

En definitiva, aunque el libro sea discutible en la generalización a todos los arquitectos modernos de una obsesión por interiores immaculados y deshumanizados, es una lectura estimulante que anima a revisar la relación entre la arquitectura contemporánea y el funcionalismo desde un ángulo nuevo, algo que hace sin caer en la ironía hiriente y la oscuridad conceptual en las que tantos ensayos “rompedores” suelen caer.